

Conclusion. — Así, Hermanas mías, la vida religiosa es excelentemente ventajosa á la vez para Dios, para la sociedad humana

todo cuidado. Diríase, á creerlos, que el religioso no tiene nada que sufrir, nada que soportar; que nada le falta y que todo le sonríe, y vá á medida de sus deséos. Por una casa que há dejado, cien otras y más le son abiertas; por un padre y una madre de los cuáles se há separado, otros tantos superiores tiene encargados de su guía. Todo esto es bello; pero el mal está que todo éso no es ápenas évangélico. Y porqué sería necesario renunciar al mundo, si fuera éso el centuplo que Jesucristo nos hubiése prometido y se tuviése que esperar en la religion? Además que se encontraria que descontar muchas esperanzas que se habria concebido al abrazar el estado religioso, seria sin duda muy extraño que se buscáse fuera del mundo lo que se há pretendido huir saliendo de él, es decir, ventajas puramente temporales y dulzuras completamente naturales. — La gran ventaja de la profesion religiosa es la abnegacion cristiana, la mortificacion de los sentidos y la cruz; y hé aquí bajo qué aspecto se la debe considerar. Todo lo que se separe de esta mira se aleja de la verdad, y, por consiguiente, no es más que una ilusion. Quiero que no se disimule nada á la persona que forma el proposito de retirarse á la casa de Dios, y que se siente á ello llamada. Quiero que no se le disfrace nada con brillantes, pero falsas pinturas; que se le deje ver todas las consecuencias de la eleccion que hace, que se le proponga los objetos táles cómo son, y que se le muestre las espinas de que está sembrada la via en que entra. Porque, qué es, en éfecto, la vida religiosa, sinó el Evangelio reducido á la practica más perfecta? y qué es el Evangelio, sinó una ley de abnegacion propia, de muerte y de guerra perpetua contra si mismo? — Pero, se me dirá, estos pensamientos pueden desánimar á un alma y hacerla retroceder: y yo respondo que es de éso mismo que debe y puede sacar los motivos más propios para resolverla y afirmarla en su resolucion: cómo? porque con éso que ella aprende á estimar el estado religioso por dónde es precisa y soberanamente estimable, á saber, cómo un estado de santificacion, cómo un estado de perfeccion, cómo un estado de salvacion, cómo un estado en que el alma religiosa puede reunir cada dia nuevos meritos para la eternidad, y acumular sin cesar coronas sobre coronas. Punto capital al cuál debe

y para los que la abrazan. A Dios, le procura esta doble ventaja de ser más glorificado y mejor servido por los que la abrazan que por

unicamente unirse, y en lo que debe hacer consistir en la tierra toda su dicha. Así es sobre esto solo que el predicador mismo debe insistir, y en esto solo que debe encerrar las excelentes prerrogativas de la profesion religiosa. Séa lo que fuere de lo demás, y de los colores que se emplee para embellecerla y ensalzarla, desde que se alejará de esta importante consideracion de la salvacion, no vacilaré en decir, en particular, del estado religioso y de las personas que en él se obligan, lo que San Pablo decia, en general, del Cristianismo y de los cristianos que lo profesaban: *Si la esperanza que tenemos, se limita á esta vida, nosotros somos los más desgraciados de todos los hombres.* I. Cor. xv, 19. — Hé aquí lo que yo diré, sin temor de ser desautorizado por ninguno de los que conocen la vida religiosa, y, sobre todo, de los que tengan alguna experiencia. Pero del momento que se me alegará la salvacion, que se me hablará de la vocacion religiosa cómo de una garantia de salvacion y de predestinacion, que se me hará reconocer una predileccion de Dios, y una providencia especial, ah! es entonces cuándo exclamaré con el mismo San Pablo: *En medio de mis tribulaciones y en las más duras pruebas de mi estado, estoy lleno de consuelo y de alegría.* II. Cor. vii, 4. — Añadiré yo tambien, cómo el réal profeta: *Un dia en vuestra casa, oh Dios mio! vale más para mí que mil años entre los pecadores del siglo.* Ps. LXXXIII, 11. Qué séa humillado en esta casa de mí Dios, y que ocupe los últimos puestos; que sufra las incomodidades de una estrecha pobreza, y que sobrelleve todo el peso de una obediencia rigurosa; que la naturaleza con todas sus codicias séa combatida, sometida é inmolada: me basta que esta séa una casa de salvacion, para hacermela no solamente soportable, sinó agradable. No pido otra cosa, y es á éso que dirijo mis pretensiones. Tratar de esta manera la felicidad de la profesion religiosa, es tomar lo que hay de sólido y réal en el asunto, de lo cuál debe un predicador preocuparse; de otro modo dirá bellas frases que herirán el aire, pero sin convencer á los espíritus, ni tocar á los corazones. — Y no es necesario responderme que el Evangelio, despues de todo, que todos los Padres de la Iglesia, fundados en la palabra de Jesucristo, prometen al religioso, no solamente el centuplo de la otra vida, que es la salvacion éterna,

los que permancen en la vida seglar. A la sociedad humana, presta una multitud de servicios espirituales, intelectuales y materiales

sinó tambien, desde esta vida, un centuplo que no puede ser otra cosa más que el descanso de que se goza y todas las dulzuras que lo acompañan. Ciertó es que el Salvador del mundo há hablado de este doble centuplo, el uno de la vida futura, el otro del tiempo presente, puesto que há dicho en estos terminos formales: *Nadie dejará por mí su casa, ó sus hermanos, ó sus hermanas, ó su padre, ó su madre, ó sus bienes, sin que, desde ahora, no reciba cien veces otro tánto, y que, en el porvenir, no obtenga la vida éterna.* Mat. XIX, 29. No es menos cierto que el centuplo de esta vida no puede ser para un alma religiosa más que la paz que disfruta en su estado, y que sola vale cien veces más que todas las hérencias y todos los bienes á que há renunciado: porque es así cómo los interpretes examinan este bello pasaje de San Mateo, y cómo entienden la promesa del Hijo de Dios. Pero, qué es esta paz? hé aquí el artículo esencial sobre lo que los jovenes pueden estar en un error del cuál es bueno sacarlos, en lugar de mantenerlos en él con frases lisonjeras y vanas exageraciones. — Cuando Jesucristo dió la paz á sus discipulos, les advirtió al propio tiempo que no era una paz tal cómo la concibe el mundo. Yo os doy mi paz, les dice este divino Maestro; es la mia y no la paz del mundo. La del mundo es una paz falsa, ociosa y fundada en las comodidades de la vida, en todo lo que place á la naturaleza y satisface al amor propio; pero la paz del alma religiosa está fundada en principios opuestos, en la humillación, en el sacrificio de sus apetitos sensuales, de sus inclinaciones, de sus pasiones y voluntades. De tal suerte que el religioso no puede estar contento en su retiro, más que en cuánto sabe humillarse, crucificarse, vencerse, hacerse obediente, pobre, sufrido, constante en el trabajo, exacto en los deberes, no dispensandose nada y no queriendo ser ékonomizado en nada. Esto debe costarle: pero, por una especie de milagro, menos se considera y se cuida de sí, más abundancia de paz se extiende por su corazon. — Y no vémos tambien qué es justamente en las comunidades las más austeras y regulares que se testimonia más satisfaccion, y se encuentra el yugo de Jesucristo más dulce y su peso más ligero? Todo contribuye á este contentamiento y á esta tranquilidad de un alma verdaderamente reli-

que ningún otro genero de vida podria prestarla tán bien. Por ul-

giosa: la indiferencia en que está respecto de todas las cosas humanas, y su desasimiento de todos los intereses que causan á los mundanos tántas inquietudes; el completo abandono de su persona en las manos de sus superiores, para dejarse guiar segun su placer y segun sus miras; la tranquilidad de conciencia, la espectacion de esta soberana bienaventuranza á la que aspira unicamente y hacia la cuál trabaja cada dia por adelantar con nuevos progresos, y, sobre todo, la uncion interna de la gracia divina que le llena. Porque Dios, fiél á su palabra, tiene mil medios secretos para comunicarse con esta alma y para colmarla de las más puras delicias. — A juzgar por las exterioridades, nada se vé en todo el plan de su vida más que cosas penosas y que rechazan: clausura, soledad, silencio, continua dependencia, ciega sumision, regla molesta, observancias incómodas, trabajos penosos, éjercicios humillantes, abstinencias, ayunos y penitencias. Pero, bajo estas exterioridades capaces de asustar á las almas que no hán penetrado más adentro, y que no han aprendido por ninguna prueba á conocer los misterios de Dios, cuántos consuelos ocultos hay, segun el testimonio del profeta, y reservados á los que temen al Señor! cuántos más hay para los que le aman y le sirven en espíritu y en verdad! — De ahí viene, por una maravilla que el hombre terrestre no comprende y no comprenderá jamás, pero que se descubre al hombre religioso y espiritual por la experiencia y el gusto más sensible; de ahí viene, digo, que en lugar de que las gentes del mundo, con todos sus bienes, honores y placeres están casi siempre descontentas y se quejan incesantemente de su suerte, el religioso, en su desnudez, en su oscuridad, bajo la obediencia más severa y en las practicas más mortificantes, no cesa de bendecir su condicion. La paz que posee es la de Dios; y el Apostol, que la habia probado, nos asegura que la paz de Dios está por encima de todos los sentidos y que nada la iguala en este mundo. Y hé aquí, por dónde quiero que se represente á las personas religiosas la felicidad de su estado. Hé ahí en qué quiero que se insista, y lo que servirá para excitar su celo y su fervor, haciendolas deducir que no serán felices más que por éso; pero que lo serán plena y constantemente. (Bourdalone, *Del Estado religioso*. Verdadera felicidad del estado religioso).

timo, á las personas que abrazan esta vida, procura libertad, paz y alegría en este mundo, y les asegura en el otro la salvacion éterna. Qué más decir para haceros sensibles la belleza y la excelencia de este estado, para haceroslo admirar y amar, y para inspiraros un gran reconocimiento hacia Dios por haberos llamado á él? Entrád cada día más en estos sentimientos, mis queridas Hermanas, y vuestra vida será un motivo de purísimo júbilo para la tierra y los cielos, durante el tiempo y la eternidad. Así sea.

PARA LA PRIMERA MISA DE UN SACERDOTE.

PRIMERA INSTRUCCION

Eminente dignidad del Sacerdote.

I. Por el origen de su mision. — II. — Por el objeto de la misma. — III. Por el caracter sacerdotal al que está unida. — IV. — Por su preéminencia sobre toda otra dignidad.

Es en verdad, cristianos, una solemnidad muy conmovedora, la que nos tiene aquí reunidos en este día. Despues de largos estudios, despues de pruebas multiplicadas, despues de una preparacion que há durado muchos años, un hijo de esta parroquia sube hoy, por la primera vez, al altar del Señor, para celebrar el memorial del sacrificio que há salvado al mundo. Este joven, muchos lo habeis visto nacer, todos lo han visto crecer en medio de los de su edad, y hoy héle ahí que Dios lo há cogido para hacerle su sacerdote y su ministro, elevandolo asi á una dignidad tán alta, de la que muchos cristianos no tienen más que una idea muy imperfecta. Así es de esta dignidad que quiero hablaros, cómo siendo el asunto mejor en relación con la circunstancia que nos reúne. En las cuatro reflexiones de que se compondrá esta platica, os haré ver que la dignidad del sacerdote es muy éminente y muy elevada, en primer

lugar, por su origen; en segundo lugar, por el objeto de su mision; en tercer lugar, por el caracter sacerdotal al cuál está unida su mision, y, por ultimo, en cuarto lugar, por su preéminencia sobre toda otra dignidad ¹.

1. Ex occasione thematis: *Nimis honorificati sunt amici tui, Deus*, Ps. cxxxviii, 17, explicari potest dignitas sacerdotis. Et 1º ostendi, quomodo illos Deus honorarit, dum eos principes super omnem terram constituit, duplicemque potestatem in suum corpus verum, et mysticum concessit. 2º Quantopere eos angeli honorarint; dum unus quidem S. Joannem adorare eum volentem prohibuit dicens: *Cave ne feceris, con-servus enim tuus sum*. Apoc. xix, 10. Alius autem clientem suum necdum sacerdotem præcedere solitus, post sacerdotium susceptum nunquam amplius præire voluit. 3º Quantopere eos sancti viri honorarint, et æstimarint, id quod variis exemplis probari potest. 4º Quantum honorem ipsi etiam imperatores, et reges detulerint, præcipue Constantinus Magnus; etiamnum hodie deferant. 5º Quam honorifice de suis sacerdotibus senserint, eosque tractarint ethnici; ex quibus omnibus facile colligi potest quantum honorem illis christiani deferre debeant. Ostendatur ergo, quibus officiis honorandi sint, nimirum: 1º *Cogitatione*: magnam de iis æstimationem concipiendo, eorumque defectus et acta, quantum fieri potest, in melius interpretando, aut excusando. 2º *Verbo*: honorifice de illis et cum illis loquendo, neque unquam illorum famam aut honorem, vel minima detractio violando, exemplo Constantini Magni, qui integrum querelarum fasciculum contra sacerdotes factarum in ignem conjecit. 3º *Opere*: tam cavendo ab omni injuria corporali, puta percussione, aliave lesione simili; tum exhibendo signa externa honoris debitaque stipendii, et charitatis officia præstando (LOHNER, *Biblioth. tit. Sacerdos*). — Ex occasione thematis: *Ecce constitui te hodie super gentes, et regna*, Jerem. 1, 10, ostendi potest, quam vere dicantur, sacerdotes etiam ipsis regibus præcellere, et quidem in tribus primariis capitibus, e quibus regia majestas potissimum colligi et æstimari solet. Videlicet: 1º *Dignitate*: uti S. Martinus, aliique SS. Patres, verbo et facto declararunt. 2º *Potestate*: cum terrestres reges vinculi potestatem in corpora dumtaxat, sacerdotes etiam in animas; illi in terris, hi etiam in cælis exercent. Et præterea etiam in cælis exercent. Et præterea etiam veri Corporis Christi producendi